



CAPITULO II

Saludable cambio de la parroquia de Ars.—Vianney establece la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, la práctica de la frecuente comunión, la oración pública de la noche, y las cofradías.

TODA la ambición de Vianney era formar un foco vivo de piedad en su parroquia, para lo cual se ofrecían tres medios á su celo, y los tres autorizados por la práctica de la Iglesia y por el ejemplo de los hombres más hábiles en la dirección de las almas. El primero es la devoción al Santísimo Sacramento: este medio ha sido empleado por los Santos, y todos han creído que la renovación de la piedad no se conseguía sino por ese camino. Desde que llegó á la parroquia el nuevo Pastor, procuró establecer en su iglesia la adoración perpetua.

No era la señorita de Ars la única persona á quien Nuestro Señor atraía á la soledad del templo. Había también en Ars por entonces un buen padre de familia, un simple labrador, cuya sencilla é interesante historia hemos oído referir al Sr. Vianney muchas veces con lágrimas en los ojos en su Catecismo. Ora fuese al campo ó volviese de él, jamás aquel buen hom-

bre pasaba junto á la iglesia sin entrar en ella. Dejaba á la puerta sus instrumentos de labor, y permanecía largo tiempo sentado ó de rodillas en presencia del Dios de la Eucaristía. Gran consuelo causaba al señor Párroco la presencia de un alma tan bella, adorando á Dios al pie del tabernáculo; pero había una cosa que no se cansaba de admirar en aquel hombre, y era que jamás le había visto el más imperceptible movimiento de labios en la oración. «Buen amigo, le preguntó un día: ¿qué decís á Nuestro Señor en las largas visitas que le hacéis?—No le digo nada: *le miro y me mira...*» ¡Sublime respuesta! Aquel buen hombre nada decía, no abría ningún libro ni sabía leer; pero tenía ojos, los del cuerpo y los del alma, abría sobre todo los del alma, y miraba á Nuestro Señor. *¡Yo le miro!* En Él fijaba todo su espíritu, todo su corazón, todos sus sentidos y potencias; quedaba absorto en una ardiente y silenciosa contemplación, y en ella se perdía deliciosamente. En ese coloquio íntimo, en esa palabra muda, que iba y venía del corazón del siervo al de su Maestro, había un cambio de inefables sentimientos y de misteriosas miradas. He aquí el secreto, el gran secreto para llegar á la santidad. Ser Santo es hacerse semejante á Jesucristo: ¿y qué es necesario hacer para parecerse á Jesucristo? Mirarle muchas veces, y mucho tiempo, porque cuanto más se le mire, más se le ama, y cuanto más se le ama, más se siente uno inclinado á imitarle.

Con la señorita de Ars se veía también asistir á la Santa Misa, y al Rosario por la noche, á una buena viuda que habitaba en humilde casa cerca de la iglesia, y cuidaba del alimento del señor Párroco. Y para completar ese grupo fiel, permitió la Divina Provi-

dencia que una persona muy conocida en Lyon por su eminente piedad, atraída de la fama que Vianney había adquirido durante su vicariato, viniese á establecerse en la parroquia de Ars; esto era una fortuna inesperada, por la cual el santo Párroco bendecía al Cielo con lágrimas de alegría. El sueño dorado de su alma le veía realizado: Nuestro Señor no estaría ya solo en su tabernáculo: en adelante tendría su pequeña corte.

La señorita Pignaut conoció, apenas llegada, á la buena viuda, y le suplicó se dignase hospedarla en su casa. Tenía esta santa mujer una regular fortuna, y como no hacía ningún gasto, podía disponer de todos sus recursos para obras de caridad. Tenía también gran placer en distribuir sus limosnas por mano del santo Párroco, quien solía decirla con gracia: «Señorita, necesito tantos francos, dádmelos pronto;» y ella gozaba en darle lo que pedía, tanto como el Párroco en recibirlo para darlo á su vez; ambos obraban inspirados por la más ardiente caridad. Ese fué el principio de aquellos donativos que veremos más tarde elevarse á sumas sorprendentes.

A contar, pues, desde ese feliz momento, en la pequeña iglesia de Ars, poco antes tan abandonada, como muchas pobres iglesias de aldea, podían ya verse á todas horas del día dos ángeles adoradores; uno al pie del tabernáculo, y otro en la capilla de la Santísima Virgen. La señorita de Ars y la buena viuda también visitaban al Señor; pero los deberes de su posición respectiva no les permitían hacerlo con tanta frecuencia.

Comenzaba el día por el ofrecimiento del Santo Sacrificio, y terminaba con el Santo Rosario y la ora-

ción de la noche, en común. No era posible que un espectáculo tan edificante fuese desaprovechado por los que le presenciaban, aunque de lejos. El bien es contagioso como el mal, y ésta es la razón por qué el santo Párroco tenía el consuelo de ver entrar diariamente en el redil gran número de ovejas, hasta entonces errantes y fugitivas. El pequeño grupo iba aumentándose también por la agregación de personas extrañas, que vinieron sucesivamente á establecerse en Ars. Vianney no era conocido, no se hablaba aún del Párroco de Ars en el mundo, y ya parecía que una influencia misteriosa atraía hacia él las almas que experimentaban hambre y sed de justicia, y las dirigía hacia la iglesia, que este buen sacerdote llenaba del perfume de sus oraciones, para que fuesen á adorar á Dios en espíritu y en verdad.

La reunión piadosa de la noche no tardó en llegar á ser un ejercicio público, al que asistía número grande y siempre creciente de los habitantes del pueblo. Se anunciaba á toque de campana, y la satisfacción del santo Párroco y su alegría llegaban á lo sumo cuando, al aproximarse la noche, veía que se dirigían hacia la iglesia, en grupos numerosos, representantes de todas las familias para descansar allí un momento de sus rudos trabajos. Desde entonces Vianney no faltó jamás una sola vez á ese ejercicio, siempre presidido por él; es decir, que no pasó una sola noche fuera de su parroquia, aparte del tiempo que ocupó en evangelizar á los pueblos vecinos, como veremos más adelante.

Sus sencillas pláticas y las tiernas exhortaciones que hacía en el confesonario contribuyeron poderosamente á acelerar el movimiento, y extenderlo dentro

y fuera de la parroquia. Hablando del gran Sacramento del amor, muchas veces exclamaba: «¡Oh hermanos míos! Si tuviésemos los ojos de los ángeles, »viendo á Nuestro Señor Jesucristo que está aquí »presente sobre el altar, y que nos mira, ¡cómo le »amariamos! De seguro no querriamos separarnos de »Él; deseáramos estar siempre á sus pies: sería un »gusto anticipado del cielo; todo lo demás sería insípido para nosotros. Pero ¡qué desgracia, hermanos »míos! nos falta la fe: somos ciegos, bien pobres por »cierto; tenemos sobre nuestros ojos una niebla que no »nos deja ver, y sólo la fe, una fe íntima, podría disipar esta niebla. Ahora, hermanos míos, voy á tomar »al Señor en mis manos; cuando Dios os bendiga, »pedidle que os abra los ojos del alma; decidle, como »el ciego de Jericó: *Señor, hazed que vea*. Si le decís »sinceramente: *Haced que vea*, de cierto alcanzaréis »lo que deseáis, porque no quiere más que nuestra fidelidad. Nuestro buen Maestro tiene las manos llenas »de gracias, y desea hallar á quien distribuirlas. ¡Ay, »hermanos míos, qué dolor, nadie quiere recibirlas...! »¡Oh indiferencia! ¡Oh ingratitude...! Hermanos míos, »¡somos muy desgraciados por no comprender esas »cosas! Estad seguros de que las comprenderemos »bien alguna vez; ¡pero será ya tarde...!» Y al llegar aquí, las lágrimas ahogaban su voz, y el auditorio se sentía profundamente conmovido.

Otro de los objetos que le ocupaban sin descanso era procurar por todos los medios posibles la frecuencia de los Sacramentos en su parroquia. Ya había alcanzado ese triunfo en Ecully, donde tuvo el consuelo de ver la Mesa eucarística continuamente frecuentada. En Ars, por desgracia, no sucedía así:

se practicaban algunas devociones en las grandes fiestas, y esa era la costumbre de la mayor parte de las madres de familia y de las jóvenes cuando no las arrastraba la afición del baile; pero la práctica tan santa y tan vital de la comunión frecuente, no era conocida. El celoso Pastor se afligía profundamente, y, con lágrimas en los ojos más de una vez, decía: «Nada tengo que hacer; temo condenarme en esta »parroquia. ¡Ah, si yo pudiera ver alguna vez á »nuestro Divino Salvador conocido y amado! ¡Si pudiese distribuir todos los días su Santísimo Cuerpo á »gran número de fieles, sería entonces el hombre más »feliz!» Bien pronto se compadeció Dios de la aflicción del celoso Pastor, y le concedió este consuelo. El concurso de las mismas personas que habían hecho posible la oración de la noche en común, y la adoración perpetua, le sirvió admirablemente para alcanzar el resultado que deseaba. Ya la señorita de Ars comulgaba con alguna frecuencia, y desde esta época comenzó á duplicar sus comuniones. La señorita Pignaut comulgaba casi todos los días: movidas de una noble emulación, y excitadas suavemente por las tiernas y cariñosas instrucciones que de su santo Párroco recibían en el púlpito y en el confesonario; la piadosa viuda de que hemos hablado y otras personas ilustradas siguieron este ejemplo; y con tan felices resultados, que en muy poco tiempo un nuevo germen de salud—el más fecundo de todos—comenzaba á brotar en esa tierra que hasta entonces se había creído estéril.

La doctrina del Párroco Vianney nada se parecía á la de ciertos doctores de la época á que pertenecía. Él era de la escuela de San Alfonso de Liguorio,

de San Francisco de Sales, de San Vicente de Paul y de todos los Santos. Creía, con toda la tradición, que la adorable Eucaristía es el *Pan de cada día*, que pedimos á Dios en la oración dominical; con Fenelón, que «si Jesucristo se da á nosotros bajo la apariencia »del pan, que es el alimento más familiar del hombre, es para familiarizarnos con su cuerpo resucitado y glorioso» (Carta sobre la frecuente comunión); con San Juan Crisóstomo, que «la temeridad »no consiste en aproximarse muy frecuentemente á »la Mesa del Señor, sino en hacerlo indignamente, »aunque no fuese más que una vez en el curso de la »vida; que la pureza de conciencia es la que debe »regular su mayor ó menor frecuencia, y que para »los verdaderos fieles la Pascua dura todo el año.» (Homil. I, in cap. II, Epist. V ad Timoth.)

Recordaba el santo Párroco que, al principio del Cristianismo, los fieles, intérpretes verdaderos del pensamiento del Divino Maestro, se aprovechaban bien de la institución del Sacramento, recibéndole con la posible frecuencia. «Los que creían—dicen los »*Hechos de los Apóstoles*,—perseveraban en la comunión de la fracción del Pan... Iban de ordinario »todos los días, al menos en espíritu, al templo, haciendo la fracción del Pan, ya en una casa, ya en »otra.» (*Act. Apost.*, capítulo II, vers. 46.) Tampoco ignoraba que el Santo Concilio de Trento, en uno de sus cánones (sesión XXII, can. 6), había manifestado el deseo formal de que los fieles que asisten á la Misa comulgasen en ella, no sólo espiritualmente, sino también por la recepción sacramental de la Eucaristía, á fin de que recibiesen un fruto más abundante del Santo Sacrificio. Estaba, en fin, convencido, por

todo lo que había visto y sentido, de que la divina Eucaristía es el fundamento de la vida cristiana, el secreto de todas las maravillas de fe, de abnegación y sacrificio que el Cristianismo produce diariamente á la vista del mundo, que no las admira por el hábito de presenciárlas; y que es, en fin, el foco donde se enciende y agranda el desinterés de los Apóstoles, la constancia de los mártires, la generosidad de los confesores y la pureza de las vírgenes.

«Id á la comunión, hermanos míos—decía,—id á »Jesús con amor y confianza. Id á vivir de Él, á fin »de que viváis para Él. No digáis que tenéis mucho »que hacer; eso no puede servir de excusa, porque »el Divino Salvador ha dicho también: «Venid á mí »todos los que trabajáis y estáis rendidos bajo el peso »del trabajo; venid, y os consolaré.» ¿Podéis, amigos »míos, resistir á una invitación tan amistosa, tan »llena de ternura y amor?—Tampoco digáis que no »sois dignos; es verdad que no lo sois; pero *tenéis »necesidad de ese divino manjar*. Si Jesús hubiera tenido en cuenta nuestra indignidad, jamás hubiese instituido tan adorable Sacramento de amor: porque »nadie en el mundo es digno de ese misterio inefable, »ni los santos, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni la »Madre de Dios; pero ha atendido á nuestra necesidad »y todos la tenemos grande de Él.—Ni digáis que sois »pecadores, que estáis llenos de imperfecciones y miserias, y que por eso no os atrevéis á aproximarnos á »la sagrada Mesa. Eso es como decir que estáis demasiado enfermos, que tenéis gran necesidad de poneros en cura, y que por eso no queréis recurrir al »médico, ni hacer uso de remedios, ni de medicina.»

Luego añadía: «Hermanos míos, todos los seres

»vivientes tienen necesidad de alimentarse para vivir; y por eso nuestro buen Dios ha hecho crecer los árboles y las plantas, que son como una gran mesa abundantemente servida, á la que todos los animales vienen para tomar el alimento necesario. Mas notadlo, amigos míos: es indispensable que el alma se alimente también. ¿Y dónde está su alimento? ¿De qué vive? ¡Oh hermanos míos! El alimento del alma es Dios, y vive de Dios, que es su verdadera vida. ¿Hay ó puede haber un pensamiento más bello? ¡El alma no puede alimentarse más que de Dios! ¿Pero Dios puede llenar sus necesidades?... ¡Sólo Dios puede satisfacerlas!... Nada ni nadie más que Dios puede saciar el alma; por eso siente hambre y sed de su Dios. ¡Sí, hermanos míos, el alma tiene una necesidad absoluta de Dios!

Tales eran, en sustancia, las instrucciones que Vianney daba á su pueblo para encender en todos los corazones el deseo y el amor de la Santísima Eucaristía. No creía que los trabajos del campo y los cuidados de la casa fuesen incompatibles con la comunión frecuente; al contrario, estaba persuadido de que el trabajo ofrecido á Dios y santificado por el espíritu de fe, de oración y sacrificio, era la mejor de todas las preparaciones para comulgar. Tampoco se mostraba demasiado exigente en las condiciones necesarias para hacerlo con alguna frecuencia. Si hallaba un alma débil que desconfiaba de su debilidad, un alma imperfecta que se afligía y lloraba sus imperfecciones, y trabajaba por corregirse de ellas, procuraba formarla para la vida interior; y luego le aconsejaba recurrir á la Eucaristía, como alimento celestial que fortifica.

Quedaba aún al celoso é infatigable Pastor un tercer medio de santificación para su pueblo, no menos grato que los otros á su corazón: era el establecimiento de algunas Cofradías. Entre las más autorizadas en la Iglesia hay dos que tienen en su favor la antigüedad, la aprobación de la Santa Sede y el aprecio general de los fieles: esas Cofradías son la del Santo Rosario y la del Santísimo Sacramento. Se propuso, pues, fundar esas dos Cofradías con el fin de atraerse y ganar el corazón de las madres y las hijas por la primera, ó sea por medio de la devoción al Santo Rosario; y ganar el corazón de los hombres y de los jóvenes por la segunda, ó sea por la devoción al Santísimo Sacramento.

Ya le hemos visto en medio de su rebaño, haciendo preceder el rezo del Santo Rosario á la oración de la noche; pero no había logrado traer á esas piadosas reuniones á muchas personas jóvenes, cuya disipación le afligía á menudo en la presencia de Dios. En medio de sus penas, el cielo le ofreció un día la ocasión de tomar contra ellas una resolución decisiva. Era un domingo por la tarde, y notó con extrañeza que, después de Visperas, muchas personas, y no de las más piadosas, se habían quedado en la iglesia para confesarse. El señor Párroco se hallaba en el coro, según costumbre, y, mirándolas con atención, exclamó: «Esta vez ya las tengo seguras: he ahí mi Cofradía del Santo Rosario.» Cuando se reunieron alrededor del confesonario, se aproximó á ellas, y con graciosa amabilidad les dijo: «Hijas mías, si queréis hacer una obra grata á nuestro buen Dios, rezaremos juntos el Santo Rosario, para pedir á la Reina de las Virgenes que os alcance la gracia de hacer

»bien vuestra confesión.» En seguida comenzó á rezar, y el pequeño grupo de jóvenes á responder: no se necesitó más. «Desde ese día, dice Catalina, data »la conversión de muchas. Una de ellas, que era la »primera en los placeres, me ha confesado varias veces que cuando el señor Párroco la propuso rezar el »Rosario, quedó tan desconcertada y conmovida, que »se creyó feliz por hallarse allí y poder responder al »llamamiento del santo Párroco. «Yo creo, añadía, »que entonces fué cuando alcanzó el triunfo de mi »transformación.» Lo cierto es que después fué un »modelo de regularidad para sus compañeras.»

Esta fué la primera conquista del Párroco de Ars, y bien pronto la parroquia cambió de aspecto; mas la transformación no se verificó súbitamente; es necesario dar tiempo á la gracia, pues la gracia tiene sus horas y sus tiempos. Cada una de las victorias del Párroco Vianney fué el precio de un acto de paciencia, de longanimidad y de celo á toda prueba. El terreno estaba cubierto de matorrales viejos, y no se descuajó y fecundó de un solo golpe, sino á costa de muchos jornales y de pesado trabajo. La dificultad no estaba en llevar á esas jóvenes al confesonario, sino en hacerlas renunciar al baile, lo que era mucho más costoso. Sin embargo, se consiguió ese triunfo, pero fué poco á poco y de una en una. Cuando alguna se alejaba del baile por un impulso de la gracia, Vianney las invitaba á pasar la tarde del domingo en el jardín de la casa rectoral, adonde jamás él se presentaba; pero, mientras duraba el baile en la plaza, allí se hablaba de Dios, se leía la vida de los Santos, se ejercitaban en el canto de los salmos y se animaban á la práctica del bien.

La Cofradía del Santísimo Sacramento data de la misma época. Un número considerable de hombres respondió al cariñoso llamamiento de su celoso Pastor, y los jefes de las principales familias fueron los primeros en dar ejemplo. «Los hombres, decía el santo Párroco, tienen un alma que salvar, lo mismo que »las mujeres; ellos son los primeros en todo: ¿por qué »no han de ser los primeros en servir al buen Dios, y »en rendir homenaje á Jesucristo en el gran Sacramento de su amor? La devoción resulta más influyente cuando es practicada por ellos.»

Hallábase impresionado el espíritu público; sentíase un movimiento muy notable, una fuerte tendencia hacia el bien en la población, y la fama del Párroco de Ars comenzaba á traspasar los límites de su humilde parroquia. El Divino Maestro, que se complacía en ver los esfuerzos de su ministro, y en bendecirlos, le iba á proporcionar una nueva ocasión para reanimar más su santo celo, mediante el conocimiento del hermano de la señorita de Ars, cuyo trato y comunicación entabló próximamente por ese tiempo.

El Vizconde de Ars vivía en París, y era allí una de las personas que se trataba con lo más selecto, distinguido y piadoso, así del clero como de la nobleza. La primera visita, al llegar á casa de su hermana, fué para el señor Párroco: su solo aspecto le causó profunda impresión, y no dudó que tenía un Santo en su presencia. Por esto sin duda, mientras duró su permanencia en Ars, tuvo frecuentes conversaciones con Vianney. Se encerraban solos en la sacristía, y allí pasaban largas horas, que les parecían breves por lo deliciosas: ¡tan inefables eran la dulzura y

consuelos mutuos de que gozaban! Las almas que han elegido á Jesucristo por su herencia, y que le aman con amor exclusivo, tienen entre sí afinidades misteriosas y profundas: si el Sr. Vianney era un sacerdote según el corazón de Dios, el Vizconde de Ars era uno de esos hombres que de generación en generación disminuyen y se hacen más raros: pasaba la mañana en la iglesia, y la tarde en casa de los pobres. En la iglesia ayudaba á todas las Misas que se decían mientras permanecía en ella, y en casa de los pobres entraba, no sólo con su dinero, sino con lo que vale más; entraba con su bondad, con su amabilidad y dulzura, con su ternura y sencillez cristianas; entraba, en fin, con la compasión, la llaneza y el amor. No temía sentarse largas horas en las buhardillas infectas, donde los indigentes de la capital ocultan su espantosa miseria. La visita de los pobres á domicilio no era una obra admitida como hoy en las costumbres cristianas; el Vizconde de Ars abría así el camino á las bienhechoras Conferencias de San Vicente de Paul, que han obrado una completa revolución social, reconciliando los rangos y las clases, reemplazando el régimen seco de la ley con la dulce acción del corazón, y haciendo que el desgraciado vea en lugar de un ser de razón, el *Estado*, un bienhechor, es decir, un amigo; ese amigo de que necesitan más las miserias morales que las materiales.

Al día siguiente de haber llegado á Ars el piadoso gentilhombre, recorrió el pueblo visitando á cada vecino, sentándose en todas partes, diciendo á todos una palabra amiga, estrechando la mano del anciano, acariciando á los niños, consolando á los pobres con sus abundantes limosnas, y ganando el corazón de

todos con su encantadora benevolencia. La vispera de su regreso á París hacía las mismas visitas y las mismas larguezas espirituales y corporales: su corazón y su mano se abrían con cristiana generosidad.

«¡Oh cuán contento estoy, decía el santo Párroco, de haber conocido y tratado al señor Vizconde!»
 «¡Con qué fervor ama á Dios! ¡Cuán imperfecto me considero á su lado!» Y el Vizconde decía á su vez del Párroco Vianney: «¡Qué tesoro tan rico es ese humilde sacerdote! Verdad que no es sabio, pero es mucho mejor que si fuese sabio. ¡Qué envidia tengo de la suerte de mi hermana! La creo feliz sólo por vivir á la sombra de sus virtudes. Para agradar á ese santo hombre y tener parte en sus sufragios, no hay cosa que no esté yo dispuesto á hacer, aunque sea preciso sacrificar la mitad de mis bienes.»

Ya veremos más adelante que lo que el Vizconde decía, no era una mera fórmula; disposiciones muy bellas y generosas ocupaban el fondo de su corazón. Al despedirse del santo Párroco solicitó de él la gracia de ser asociado á sus oraciones y buenas obras, pidiéndole su santa bendición.

